

Dr. LOPEZ IBOR

EL MISTERIO DE LA
FEMINIDAD



AULA DE CULTURA DE
TENERIFE

1959

Ayuntamiento de Madrid

N.º 3

EL MISTERO DE LA FEMINIDAD

EL MISTERIO DE LA FEMINIDAD

Exposición organizada por el Ayuntamiento de Madrid el 25 de Septiembre de 1945
en el Teatro de la Cruz de Santa Cruz de Tenerife, con
apoyo de la Corporación de Artes de la Ciudad

EL MISTERIO DE LA FEMINIDAD

Dr. LÓPEZ IBOR

EL MISTERIO DE LA FEMINIDAD

(Conferencia pronunciada el día 29 de Septiembre de 1.958
en el Teatro «GUIMERÁ» de Santa Cruz de Tenerife, con
motivo de la inauguración de Aula de la Cultura)



AULA DE CULTURA DE
TENERIFE

1959

Publicaciones patrocinadas por el Excmo. Sr. Gobernador Civil

Dirigidas por Alfredo Reyes Darias

Goya Artes Gráficas :: Doctor Allart, 26-32 :: (Depósito Legal TF. 80-II)

L A mujer actual— no todas, naturalmente, pero sí una parte de la colectividad suficiente para imprimir carácter— tiene la convicción de hallarse en una cierta situación de indigencia espiritual —y civil—. Hace años se publicaron libros muy curiosos que trataban de demostrar que tal indigencia era constitucional en el sexo femenino. Fuera de España, el más famoso fue el de Moebih's «Uber die physiologische Schwachsinn des Weibes». La palabra «Weib», en alemán, tiene un cierto regusto peyorativo. Reduce la mujer a hembra, y puesta en este plano, a ras de la biología, Moebih's hablaba de su debilidad fisiológica. Novoa Santos, aquel gran médico gallego de mentalidad romántica, escribió en sus mocedades un libro sobre «la indigencia espiritual del sexo femenino», hoy casi olvidado, en el que se hacía eco de la tesis de Moebih's. Eran los tiempos en los que se hablaba de la degeneración de la especie humana. El frondoso árbol de la degeneración daba locos, criminales, genios y... mujeres. Pero de todos, el que expresó con mayor virulencia su desprecio sobre la mujer fue Otto Wenhinger, escritor homosexual hoy casi olvidado.

Pero, más que de una postura intelectual, la viveza actual del problema procede de un cambio en la estructura social. Las sufragistas, hace algunos decenios, llenaron de «pancartas» las calles de las ciudades europeas y las primeras planas de los periódicos de figuras asexuadas, que hacían

sonreír a los varones. Aquella ola de reivindicación política fracasó, yo creo que por cursi.

Ahora, en cambio, es la propia e hispida realidad social la que acarrea la cuestión. La mujer se ha emancipado en muchos aspectos de la vida, y, ¡hecho curioso!, la avalancha reformadora viene esta vez, no de la aristocracia, ni de la clase obrera, sino precisamente de ese estamento substancial en toda sociedad que aspira a mantenerse en equilibrio, que es la clase media. De ahí que sea más vital, más hondamente histórico. Las causas son variadas. No podemos ignorar, por ejemplo, las puras causas económicas, que han lanzado a tantas hijas de familia a ejercer una actividad remuneradora con qué apoyar o suplementar el presupuesto familiar.

Así han cambiado radicalmente de vida, se han dado un nuevo quehacer. Pero la vida humana se halla montada no sobre una sola forma de quehacer, sino sobre algo más. El hombre necesita del negocio y del ocio. Aunque parezca paradójico, es más difícil lograr un buen estilo en el ocio que en el negocio. Un gran hombre de empresa no puede vivir, sino matar sus ocios con alcohol. Hacer es más fácil que soñar. En el hacer, la actividad está ya dada casi siempre por la estructura social en la cual se vive. En la colmena humana cada cual tiene señalado su alvéolo; sólo los seres geniales son capaces de quebrar el alvéolo recibido, cuya ruta van aprendiendo desde sus años púberes, e inventar uno nuevo. Aunque parezca paradójico, es más fácil encontrar un trabajo que inventar un modo de llenar los ocios, sorteando el gran peligro del aburrimiento. El aburrimiento es la infiltración de la nada en la vida cotidiana. Tan es así, que una manera de escaparse es convertir también en trabajo y ocupación las horas desocupadas. ¿Por qué no haces algo?, se le dice al que se halla preso, mortalmente preso, del tedio. Así pretende curarse el vacío del ocio, que debería ser plenitud de vida, con un crecimiento canceroso de la actividad del trabajo.

Y es que ese aparente no hacer del ocio es una llamada al más auténtico núcleo del ser. En la inacción nos asalta siempre la duda sobre lo que somos y a dónde vamos y sobre de qué misteriosa esencia nos hallamos constituídos. En la lucha se olvida todo, en el descanso se medita.

La mujer actual sabe que tiene la batalla ganada. En la guerra de los sexos— ¿no es una falsa metáfora esa expresión?— la victoria la tiene en sus modos y por eso la mujer se pregunta, ahora más inquieta que nunca, qué es, que papel tiene atribuido en el gran drama del mundo.

Si nos acercamos al problema de la dualidad sexual con mirada ingenua, como Adán antes del pecado, nos sorprenderá el modo bélico, triste y desgarrador con que suele presentarse. La suma de conocimientos que supone la cultura moderna no ha evitado el error. Simone de Beauvoir concluye sus dos amazotados volúmenes sobre el «Deuxième sexe» con una llamada a la fraternidad de los hombres y de las mujeres. Es curioso que un libro escrito por una mujer, transido de dialéctica reivindicativa, lleve a una conclusión que ha sido siempre el gran error de las mujeres: equipararse a los hombres.

Y es que hablar de igualdad o desigualdad de sexos es partir ya de un supuesto erróneo, por muchas justificaciones históricas que se apliquen. La tesis sociológica de la desigualdad de los sexos sostiene que, efectivamente, la mujer ha desempeñado un papel de segundona en el desarrollo histórico, porque su eterno enemigo, «el hombre», no la ha dejado avanzar hasta primera línea. La mujer se ha sentido sojuzgada, privada de los bienes de la cultura, impedido su acceso a las profesiones y puestos de mando, etc., etc. Hasta el Código Civil, obra, al fin, de hombres, niega a la mujer la paridad de derechos que la razón natural y la justicia exigen.

La herida es tan viva en los albores de los tiempos nuevos que los movimientos feministas crecieron en este carácter reivindicador. No se pensaba entonces que reivin-

dicar los mismos derechos, la misma línea de combate histórico del varón, era reconocer la superioridad «a nativitate» de éste. Porque el poder, me figuro yo, en los albores de la organización social, estaría en medio de la calle y uno de los dos tenía que alzarse con él. Si se apoderaron de él los hombres fue su mérito el hacerlo. Prometeo fue varón y con la conquista del fuego empieza el hombre a labrar arrugas y coser pliegues sobre la piel de la tierra.

El esquema es tan fuerte que ha servido de base a interpretaciones biológicas y sociológicas variadas. Desde el punto de vista sociológico, a partir de Bachofen se ha establecido que la sociedad humana evolucionó en tres períodos: el primordial, del hetarismo indiferenciado, en el que la sociedad todavía preestructurada se ofrecía como magma próximo a la biología e indiferenciado sexualmente en punto a función social. El matriarcado, en el que el poder se hallaba en manos de la mujer y la forma actual —patriarcado— en la que el poder es detentado por los hombres. No se olvide, por ejemplo, que durante mucho tiempo —y todavía hay pueblos primitivos en esta situación— en el proceso generativo se ha ignorado la intervención del varón.

Estas perspectivas evolutivas sociales hallan su correspondencia en las otras biológicas; el ser humano se forma sexualmente andrógino, después pasa por una fase de feminización para alcanzar finalmente su esplendorosa virilidad, signo de madurez y plenitud. Se habla por los endocrinólogos del proceso de virilización de la mujer en el climaterio.

Y es curioso anotar que en esta perspectiva son las mismas mujeres las que se colocan. Algunos psicólogos han pensado que la femineidad creaba constitutivamente un complejo de inferioridad. Toda mujer aspira a llenar en la vida el alvéolo destinado al varón. Como esto no ocurre, entonces, reivindicativamente, le echa las culpas. La pretensa guerra nace de este falso ideal. La indigencia del sexo femenino, se dice, es obra de su enemigo el varón, que ha triunfado en esa guerra secreta o pública. Pero ¿ustedes

creen en ello? ¿Es posible pensar que el varón haya sido capaz de arrasar, como un viento del desierto, la cálida floración de las aspiraciones femeninas? Yo apenas puedo creerlo. El hombre ha hecho la historia, eso es cierto; pero no solo, sino en colaboración con la mujer. No me refiero a la natural colaboración biológica en la propagación de la especie. Eso sería reducir el problema a términos zoológicos y, por consiguiente, ahistóricos. También colaboran monos y monas, elefantes y «elefantas», etc., etc. y, sin embargo, carecen de historia.

La colaboración se ha realizado en un plano más auténticamente humano. El hombre es el que inventa, pero la mujer es la que señala lo que hay que inventar. Los economistas han estudiado minuciosa y ahondadamente el papel histórico del lujo, y el lujo es, sobre todo, necesidad femenina. Incluso la misma presencia de la mujer en el haz de la tierra no se comprendería si sólo existiese una especie humana planificada, como sometida a una soviétización no quinquenal, sino milenaria. En las especies animales se conoce la partenogénesis. En el relato bíblico de la creación de la primera pareja, Dios, antes de realizar su designio, hace nacer el deseo en el corazón del primer hombre. A este rey de la naturaleza le presenta una pareja de todos los animales de la tierra y de todos los pájaros del cielo, enseñándole el uso que podía hacer de ellos, significado por los nombres que les impuso. Así encontró Adán que no había nadie semejante a él, de su misma especie, de su misma naturaleza. (Gén. II). «Este deseo secreto del primer hombre debería tener plena satisfacción, tanto más cuanto que a juicio de Dios mismo la creación de la especie humana no era perfecta sin la formación de la mujer. Por lo tanto, Dios completó su obra». (Dictionnaire de Théologie Catholique.—Artículo Eva).

Si Eva surgió de un secreto deseo de Adán, inspirado por Dios, ¿cómo puede hablarse de guerra secreta, de dominio y agresión por parte del hombre? Kant decía: «Die Frau

will herrschen, der Mann beherrscht sein», si bien agrega, para mitigar esta dura expresión de la realidad, «vornehmlich vor der Ehe». (Anthropologie Reclam. Pág. 275).

Entre 1200 y 1800, período en el que se fragua la grandeza del mundo moderno, la mujer interviene con su estilo propio en el curso de la historia. La casa se transforma, y en lugar de ser ostentosa hacia fuera lo es hacia dentro. En todas las manifestaciones artísticas y decorativas de la época se trasunta la mano femenina. El refinamiento de la vida moderna es obra de la mujer, que impone el lujo de la casa, la mesa bien puesta, los cojines de Lyon, los lechos de seda y, hoy día, las maravillas del nylon y de los plásticos. Catalina de Médicis es quien introduce el consumo del azúcar en Francia y, por ende, en el mundo moderno, y el azúcar trae consigo el café, el té y el cacao. Los ejemplos podrían amontonarse. Y observen la paradoja: si es cierto que la mujer exige e impone el lujo en la mesa, los buenos «chefs de cuisine», es decir, los inventores de la cocina —como del nylon— son hombres. La civilización técnica actual, lo he dicho en otra parte, no es una consecuencia obligada de la técnica, sino una respuesta a las demandas del hombre moderno. Demandas que no proceden sólo —ni siquiera en la mayor cuantía— de los hombres, sino también de las mujeres. Así, la mujer colabora continua e incesantemente en el proceso de la creación histórica, sin hablar de otros modos que han tenido algunas mujeres geniales de intervenir, directa e indirectamente, en el curso de los acontecimientos históricos. La historia de Francia e Inglaterra es rica en ejemplos. En la nuestra —¿cómo no?— los hay excepcionales, como la Reina Isabel y Santa Teresa de Jesús. Pero precisamente no quiero llamar la atención hacia las cumbres, sino hacia el llano, a esa vida cotidiana que parece fluir, siempre la misma, pero que constituye la gruesa masa que forma el acontecer histórico. Y en esa vida la mujer tiene una parte tan peculiar y decisiva como la del hombre que timonea.

Hay dos maneras de concebir la dialéctica de los sexos; una, simbolizada en la historia bíblica; otra, en el viejo mito platónico. Ambas encierran dos perspectivas más radicalmente distintas del problema de lo que parecen en una primera aproximación.

Según el mito, tal como lo refiere Platón en el «Symposio», existían unos seres, los andróginos, que simultáneamente eran hombre y mujer. Su figura resultaba monstruosa: dos caras que miraban en direcciones opuestas, cuatro orejas «y todo lo demás que se puede suponer». La fortaleza era tanta, que Júpiter decidió debilitarla, partiéndolos en dos como se parte una fruta. De estas dos mitades incompletas proceden, según el mito, los dos sexos, y así andan buscándose uno a otro, para de nuevo lograr la unidad y, con ella, curar al ser de su inferioridad nativa.

Las dos mitades que forman el andrógino andan buscándose en una peregrinación por el planeta: la fusión supone la unidad y su separación la guerra: En el fondo, a pesar de su belleza, en el mito platónico se encierra la dialéctica sexual como lucha entre iguales. Porque la historia sería, prolongada idealmente, lo siguiente: las dos mitades de la humanidad, primeramente iguales, se han desigualado en el curso de la historia. La peor parte de este proceso ha correspondido a la mujer, dominada por el espíritu agresivo, y hasta agreste, del varón.

La propia irrealidad del andrógino, nos muestra la falsedad de la interpretación. El andrógino ni existió, ni los dos seres pueden de nuevo fundirse formando un único ser. El secreto está ahí: en el misterio de la fusión comunicativa, en el cual no pierde ninguno su propia y personal autonomía.

Hablar de igualdad o desigualdad de los sexos es partir de supuestos erróneos. La mujer no es igual ni desigual al hombre, sino que es, sencillamente, «lo otro». En lugar de igualdad o desigualdad debería hablarse de «alteridad» de los sexos.

Esta alteridad se revela en todos los planos, desde los

biológicos hasta los espirituales. Ya las diferencias aparecen en el modo de abrocharse los botones: yo no creo en las diversas explicaciones apoyadas en las costumbres que se han dado de estas diferencias, por ejemplo, que el hombre llevaba la espada a la izquierda y le fuese más cómodo abrochar sus trajes, o que a la mujer le resultase mejor el inverso modo de abotonar en relación con la maniobra de desabrocharse el pecho para alimentar al infante. Creo que el sentir cómoda la acción de derecha a izquierda es tan radical en la estructura del ser como el modo de tirar las piedras o participar en la génesis de los hijos.

Busquemos una fórmula simple y categórica: hela aquí.

El varón es, con respecto a la mujer, un ser excéntrico. Esta expresión necesita unos esclarecimientos.

Cuando se analizan las diferencias existentes entre el animal y el hombre salta a la vista el hecho de que el animal se halla fundido en su medio, mientras que el hombre se halla situado frente a un mundo. Animal y medio que le rodean forman una especie de unidad primordial, simbiótica. El animal responde, mediante el flexor instintivo, a los estímulos que recibe del medio ambiente. El gran argumento contra la evolución de las especies es que éstas no necesitan cambiar, ni metamorfosearse, para mejorar sus condiciones de vida. Se halla bien cada una envuelta en su medio ambiente como en un lugar seguro y apacible. Tendrá sus quebrantos y sus peligros, pero de tales no le libra una mutación de medio.

En cambio, el hombre no se halla situado en un medio, sino colocado frente a un mundo, que es obra suya. Al animal, el medio le es dado, al hombre el mundo le es propuesto en el acto inicial de su existencia como el gran tema que ha de desarrollar toda la vida. Los monos antropoides, aún los más supuestamente inteligentes, siguen haciendo lo mismo, exactamente lo mismo, que hace unos milenios, cuando divisaban por primera vez la trama del bosque que constituye su habitáculo. Si alguien cambia las ramas de los

árboles por los barrotes de sus jaulas, el cambio ha sido obra humana y nada más que humana. Y, sin embargo, ¡qué diferencia entre las cuevas de Altamira y un salón de otoño! Si elijo precisamente este ejemplo es para señalar lo que hay de permanente y mudable en la naturaleza humana. El hombre de Cromagnon encendió el fuego frotando dos maderas. Cualquiera de mis oyentes puede encender su cigarrillo —hasta el fumar es invención humana— apretando el botón del encendedor; dentro de poco bastará que dirija la mirada al botón para que surja la llama como en un milagroso y familiar fuego de San Telmo.

Ortega ha dicho que el hombre se halla envuelto en su circunstancia; con esta castiza expresión ha querido salir el carácter, también indisoluble, que tiene la existencia humana, que desde el primer gemido está ya envuelta en su mundo; pero si el niño realmente inicia su peregrinación terrena envuelto en sus circunstancias de espacio y tiempo, precisamente su peregrinar es un liberarse de aquellas circunstancias, un rebasarlas, un trascenderlas. Con respecto al tiempo, el animal vive una existencia puntual y momentánea; no sólo no tiene conciencia del tiempo, sino que su experiencia anterior, asimilado en forma de reflejos condicionados, apenas modifica la amplitud de su espacio vital. Y, en cuanto al futuro, es tan próximo que no merece tal nombre; biológicamente, es como una nave arrastrada por una corriente hacia el mar —allí donde van a dar todos los ríos— según el verso de Jorge Manrique, sin que se den cuenta siquiera de que van. El hombre por el contrario, sabe hacia donde va y planea su propio camino. Proyectar es vivir un futuro en el presente. Y del pasado ¡qué enorme peso gravita sobre nosotros! La historia de nuestros pueblos, la historia de la humanidad entera, nos aprisiona y nos libera desde nuestros primeros pasos en la vida. ¿Qué es la puericultura que cuida a los niños al crecer sino un modo de experiencia colectiva, cristalizada en forma de conocimiento científico?

Ahora bien, planear una vida es hermoso, pero es un modo inseguro de vivir. El animal sujetándose a un plan impreso en sus plasmias de un modo indeleble, vive con mayor seguridad. Los instintos del animal son seguros —salvo cuando el hombre les pone trampas—. ¿Cómo quiere el hombre comparar su instinto de orientación con el de las aves que corren por rutas no aprendidas, de Europa a Africa, en sus emigraciones anuales? ¿Cómo comparar su percepción de los obstáculos con la del murciélago que tan segura y habilidosamente maneja su radar instintivo? El déficit de los instintos lo suple con su capacidad de inventar. El aviador vuela y el navegante sigue su ruta con menos seguridad primaria, pero con mayor seguridad instrumental que las aves. Y sobre todo cambia su ruta, explora caminos nuevos, se sumerge en el mar como los peces abismales y vuela a alturas y velocidades que ningún ave puede alcanzar.

He aquí la tremenda paradoja del ser humano: que nace biológicamente como ser deficitario y se convierte, por sus propios medios, en aquello que aprendimos en nuestras primeras letras: en rey de la creación.

Tan maravillosa aventura sólo ha sido posible gracias a ese impulso excéntrico que arrastra al hombre a evadirse de su circunstancia. En este punto, las diferencias entre el varón y la mujer son evidentes, casi diría yo que radicales. Desde el primer momento en la historia de la humanidad es el varón el que combate para dominar. Su espíritu no se halla satisfecho en esa situación plasmial y circunscrita con la circunstancia en la que nació, sino que trata de saltar, de correr aventuras, de proyectarse fuera de ellas. La creación del mundo propio es una proyección del principio individual. El tema se ha abordado filosóficamente muchas veces. En lugar de decir que el hombre contiene el mundo en sí mismo como un microsomas, podríamos emplear la expresión inversa. El mundo es «macrantropo», como decía, con horripilante palabra, Schopenhauer; pero esa macrantropía

encierra notables peligros, porque la realización en el mundo lleva consigo el peligro de dejar de ser uno mismo. Por eso el varón vive en ese constante peligro de dejar de ser, de confundirse con las cosas y objetos de su contorno, en una palabra, de alienarse. Yo no diría, como psiquiatra, que este término debe tomarse con pleno rigor diagnóstico de especialista; aún en ese terreno, puedo afirmar que el varón tiene más ricas formas de enloquecer que la mujer.

Fuera de ese plano diagnóstico, lo que sí puede asegurarse es que, a medida que el varón ha ido realizándose más en forma objetiva, se ha desubstancializado. El dilema es trágico. O realizarse o desubstancializarse. El mundo del hombre moderno es una creación viril y como tal es rico, colosalmente rico, en realizaciones, pero pobre, paupérrimo, en realidades substanciales y vitales.

De ese inmenso peligro salva al hombre la presencia de la mujer. La mujer es un ser concéntrico. Excentricidad y concetricidad se hallan ya expresadas en la simbología corporal sexual. «Tota mulier est in utero». El hombre ejecuta y la mujer cobija. La mujer se halla más próxima a la fuente misma de la vida que el varón, y su atracción le libra del peligro de la alienación. El mito de Fausto y Margarita es ejemplarmente lúcido. Fausto queriendo el secreto de la vida, de la eterna juventud, vendiendo su alma al demonio y sellando el pacto entre humos y retortas. Margarita, gravitando sobre él en su alada peregrinación y, al final, trayéndole a la verdadera realidad de la vida humana y salvándole.

La mujer vive más apoyada en sí misma que el hombre; se satisface más a sí misma. El narcisismo, tan natural en la mujer, es expresión minúscula de esta característica esencial. El espejo sirve al varón para sus experimentos físicos, quizás para afeitarse o apretarse el nudo de la corbata. A la mujer le sirve para contemplarse, para llenar la circunstancia en que vive envuelta, su mundo, con su propia figura. Un varón organizará una fábrica según el principio del ren-

dimiento o de la eficacia, la mujer organizará una casa a su imagen y semejanza. No importa que sea eficaz, sino que ella esté allí, en la frescura apacible del rincón o en el pétalo que cae sobre la mesa.

La mujer, es pues, la mediadora entre el hombre y la vida. El principio femenino ha sido considerado por la filosofía romántica como el principio etónico y telúrico de la vida humana. Frente a la acción del varón el pathos de la mujer. No es que la mujer sea más capaz de sufrir que el hombre, sino que sufre de otra manera más íntima y vegetalmente.

El papel mediador de la mujer no se ejerce sólo en el plano biológico, sino en el espiritual. Bastaría recordar que la Iglesia católica atribuye a la Virgen el papel de mediadora en la redención. Entre la naturaleza del hombre caído y la persona de Jesucristo se halla el puente azul de la Madre de Dios.

Este esquema diferencial entre varón y mujer no es una intuición, ni mucho menos una elucubración especulativa. En numerosos rasgos de la conducta del hombre y de la mujer veremos esta diferencia. Cuando un niño tira una piedra, su brazo se dispara vigorosamente del cuerpo, como si quisiera enajenarse con la piedra misma. La mujer, en cambio, lanza la piedra como si algo sujetase su brazo a su eje personal. El primer movimiento tiene un evidente carácter de excentricidad y el segundo de concentricidad. En cualquier manifestación viril vemos agresividad, combatividad, interés dirigido al exterior, apetencia por los datos físicos y científicos, sed de aventuras. En la mujer vemos compasión, ternura, interés por las artes dramáticas, el hogar, etc. En los tests de inteligencia, los varones sobresalen en la comprensión, en el descubrimiento de imágenes absurdas, en los tests de dirección, en los de analogías, recuento de bolas, denominación de vehículos, palabras abstractas, ingenio, razonamientos aritméticos e inducción. Las niñas, en cambio, en los de recordar imágenes, recitar, plegar un

papel, abotonar, realizar comparaciones artísticas, reunir objetos que hagan juego, anudar un lazo, calcular edades, dibujar una sarta de cuentas de memoria, etc. ¿Por qué hay esas diferencias en las curvas de crecimiento en los niños y las niñas? Hasta los 19 años, crecen las niñas más deprisa que los muchachos. A partir de esa edad, el fenómeno se invierte. Mientras el crecimiento se realiza dentro de la propia circunstancia en la mujer es más rápido. Cuando la circunstancia se salta, empieza el hombre a crecer. ¿Por qué se suicidan más hombres que mujeres, sino por el mismo carácter diferencial? En 1940 se suicidaron en los EE. UU. 14.466 varones y sólo 4.441 mujeres. Vivir la vida hacia fuera tiene, sin duda, sus peligros. La excentricidad del varón llena su trayectoria vital de amenazas. En cualquier arrecife puede chocar y hundirse su barco. La mujer boga más serena y tranquilamente, como si se hallara apoyada por un pie invisible y madreporico en el fondo mismo del mar.

Sería un error creer que este reconocimiento de la «alteridad» de la mujer se ha logrado siempre. La supuesta indigencia espiritual y aún corporal es tema y punto de vista demasiado frecuente para que lo creamos. Incluso, a pesar de todo lo que el cristianismo ha hecho por la mujer, se le ha achacado no reconocerla su cualidad humana.

Se ha dicho que en el segundo sínodo de Màcon (585) se discutió si la mujer tenía un alma, si era un ser humano y si no pertenecía más bien al reino animal. Se trata de un error de Hefele, el historiador del concilio. Lo sucedido fue lo siguiente: un obispo del sínodo preguntó si la palabra «homo», que significaba hombre en las lenguas románicas (home, uomo, hombre), también se podía referir a la mujer. La contestación fue que las Sagradas Escrituras comprenden muchas veces a la mujer bajo el vocable «homo». (Stimmen der Zeit 1934., Heft p. 418 pp.).

Sin embargo, lo que sí es cierto es que la mujer no accede al sacerdocio. Con eso la Iglesia señala que la

mujer es dispar con respecto al varón, elevándola sin embargo, a la misma categoría. Disparidad ya contenida en el relato bíblico.

Cuando se quiere realizar el salvamento de la dignidad de la mujer, se apela con frecuencia, y casi con exclusividad, a uno de sus modos de realizarse: la maternidad. Ciertamente es que constituye un modo excelso, imprescindible, de cristalizar de un modo substancial el eterno femenino, pero no el único.

El psicoanálisis ha montado un esquema constructivo de la personalidad humana que, a mi juicio, resulta erróneo. La atracción por el polo femenino la interpreta como simple manifestación libidinosa. El niño se enamora de la madre y secundariamente, por rivalidad, odia al padre. Tal situación se halla simbolizada en el complejo de Edipo, pero, como he dicho en otra parte, la tragedia de Edipo no es por haberse casado con Yocasta, su madre. El no quería hacerlo, por eso emigró a otro país. Fue el destino el que le impulsó, como una marioneta. Por eso es absurdo pensar en su culpabilidad por un crimen que no quería cometer. Su tragedia era la de querer averiguarlo todo. Concupiscencia de la verdad absoluta, posesión de la misma, pecado adánico. Quería comer de la fruta prohibida, del árbol del bien y del mal, y por eso presiona a Teresias, ciego personaje de la tragedia. Porque la verdad última es ciega, coma la fe.

La Inquisición —siempre la excentricidad del varón— le lleva a conocer lo horrible de su situación. Yocasta, su esposa, es su madre. Y aquel viajero que se insolentó con él en el camino polvoriento y soleado y le agredió con su látigo, hiriendo su amor propio, era su padre. Lo mató sin saberlo, lo mató habiendo huído de su patria para no hacerlo, es decir, teniendo una voluntad decidida de evitarlo.

Pero, es cierto, sin embargo, que el varón necesita formarse en contacto con el polo femenino, para proseguir su aventura vital. Cuando una desgracia se viene sobre él, llama a su mujer o a su madre para que le consuelen y le

den fuerzas para una nueva salida. El verdadero mito del varón es el de Anteo.

Anteo fue un gigante, hijo de Poseidón y de la Tierra, viviendo en Libia. Obligaba a todos los viajeros a luchar con él y los mataba, porque, cuando caían en la lucha, se volvía más fuerte por su contacto con su madre, la Tierra.

La presencia de la mujer es, para el varón, vivificante. Su meditación le libra de los peligros de la excentricidad, descubriéndole otros modos de existir.

Hace pocos días me decía un enfermo que se sentía angustiado por la existencia de «los otros». ¿Qué son, en el fondo, todos esos seres a los que yo me dirijo y me responden? ¿De qué secreto emanan sus respuestas? Vivimos rodeados de misterio; la paz de nuestra vida cotidiana se nutre de nuestra ignorancia de los misterios que nos rodean. En cuanto nos preguntamos algo de verdad, a fondo, en lugar de respuesta nos topamos con un abismo. El pensamiento habitual del hombre le lleva a una abstracción de la realidad, que es un modo de salvarse del abismo. ¿Cómo vamos a saber lo que es el alma ajena si no sabemos lo que es la propia? Densa sombra, figuras opacas bailan en torno nuestro la danza de nuestra ignorancia, que no es la misma que la del científico como Du Reymond cuando decía «ignorabimus», pero alentaba la creencia de que los avances de la ciencia corroerían progresivamente el área del «ignorabimus». Se trata de la ignorancia substancial de nuestro ser.

Pero queramos o no, nuestra vida se halla montada sobre sus opacidades. Una de ellas es el tú. El «tú» no es el otro «yo». Nunca podemos pensar que exista otro yo idéntico al nuestro. El descubrimiento del tú se realiza en forma dialogal, diálogo que no dura lo que una escena teatral, sino que tiene un desarrollo indefinido, inacabable, que la muerte corta, pero no termina. De todas las formas de diálogo ninguna como la que se realiza entre el hombre y la mujer. En el niño empieza el diálogo con la madre a través de la mirada, y luego sigue este diálogo intersexual du-

rante todo una vida. Por eso los seres que no han sido capaces de lograr formas profundas del mismo se hallan deformados espiritualmente.

Ese «tú» es un centro autónomo, que tiene vida por sí mismo, pero simultáneamente en relación con el yo que dialoga. Se habla ahora mucho de crueldad mental y se dan explicaciones y aplicaciones más o menos estúpidas de ese término. Yo diría, simplemente que la crueldad mental es la sustitución del diálogo por el monólogo. Porque lo que molesta al atropello, lo que le hiere, no es este o aquel acto pequeño, sino su valor simbólico, lo que significa: la ignorancia de una «presencia» de otro ser, que es distinto, pero par en su dignidad con respecto al que atropella.

La dialéctica del hombre y la mujer está basada sobre la pauta de la fidelidad. Cada cual tiene su empresa distinta y, sin embargo, ha de conservarse esa confianza en el otro que se halla en la base de la relación conyugal.

La comunicación entre hombre y mujer apela a lo que tiene de común. Jung habla del ánima y del ánimo. Anima es la imagen femenina que existe en el subconsciente del varón y ánimo la imagen masculina que existe en el subconsciente de la mujer. El misterio está en la comprensión en medio de la disparidad.

La presencia de la mujer en el mundo tiene su destino por sí misma, independiente de la maternidad. ¿Por qué, si no, iba a considerar la iglesia unión sacramentada el matrimonio sin hijos? ¿Y el problema de la mujer virgen? A él ha dedicado muy bellas páginas Gertrud von le Fort,

Estamos demasiado acostumbrados a pensar en términos utilitarios, y a no comprender lo que no reporta utilidad alguna. Pero, ¿y la mujer estéril? ¿Y la virgen? ¿No tiene justificación su existencia? ¿Son un absurdo, un fracaso de la naturaleza y de la sociedad humana? Si midiéramos por este rasero ¿qué pensar de la vida contemplativa? ¿Y de las verdaderas manifestaciones artísticas? La vida humana no es absurda, sino mirada desde el horizonte de la

utilidad. ¿Qué significan el honor, la nobleza, la pureza y tantas otras cosas tan poderosamente seductoras? ¿Son útiles? ¿Es que la contemplación de una tragedia griega es útil sólo porque da de comer a los tramoyistas y a los actores? ¿Es que los trajes y las modas son útiles sólo porque reportan beneficios a las costureras? ¿No hay algo en el mundo que es la elegancia, la dignidad en el vestir, etc., etc.? Yo me resisto a creer que la existencia humana es tan chata como todo eso. Lo innecesario, en este sentido, es tan humano como lo demás, y quizás lo sea más a los ojos de Dios. No es indiferente para nuestro verdadero futuro que haya monjas que recen entre las frías paredes de un monasterio estepario. Y que no hagan más que eso: rezar. ¿Por qué nos hemos de olvidar de la comunión de los santos?

La presencia de la virgen y de la mujer estéril es tan necesaria en la vida como la de la madre. Por eso San Pablo dijo aquellas maravillosas palabras, que tan enigmáticas parecen antes de la debida exégesis.

La presencia de otro ser nos revela la existencia de un valor. La virgen significa la pureza, que es anterior al pecado mismo. ¿Por qué la sexualidad va siempre unida a ese vivo sentimiento de culpa? Porque alude a la pureza, que demuestra la presencia del espíritu que nada por encima de la materia.

Nada, pues, de guerra de sexos. Nada de confraternidad ni de igualdad. Dejemos esto para las pancartas socializantes. Alteridad. El tú y el yo. El varón y la mujer creados por Dios en momentos distintos, a su imagen y semejanza. El varón excéntrico agresivo. La mujer concéntrica y mediadora. Y en ambos, el espíritu de Dios que los convierte en personas.

Se acabó de imprimir esta obra
en los Talleres de GOYA ARTES
GRAFICAS el día 20 de Mayo
de 1959

N.º 1.— Los Milagros, por Eme-
terio Gutiérrez Albelo (Poesía)

N.º 2.— Altos Crecen Los Cardos,
por Rafael Arozarena (Poesía)

12 Pesetas